

Musulmanes en Europa

En torno a las políticas de integración

Antoni Furió

Antoni Furió es catedrático
de Historia Medieval de la
Universitat de Valencia.

En Europa viven actualmente de quince a veinte millones de musulmanes. Nadie lo sabe con certeza, ya que las estimaciones varían considerablemente según las definiciones y los métodos usados ①. Por una parte, hay países que no contemplan la confesión religiosa en sus estadísticas y, por otra, hay muchos inmigrantes que no tienen reconocida su existencia legal, por lo que no siempre aparecen en los censos oficiales. En todo caso, en lo que coinciden bastantes observadores es en que el Islam es ya la segunda religión más importante de Europa por el número de creyentes ②. La afirmación no deja de ser un tanto chocante, ya que, sin dejar de ser cierta, resulta poco relevante, puesto que los musulmanes son ampliamente superados en términos numéricos por la abrumadora mayoría de población cristiana, en sus diferentes confesiones, y muy probablemente también por los no-creyentes, en una Europa cada vez más secularizada ③.

Con todo, quince millones de personas suponen una realidad demográfica importante, incluso si su número y porcentaje respecto de la población total varía mucho de un país a otro de la Unión. En el conjunto de Europa apenas representa un 4% de la población total, pero por países el porcentaje asciende hasta más del 6% en Holanda y más del 7% en Francia, con uno y cuatro millones de musulmanes, respectivamente. Y en algunas grandes ciudades su número iguala o supera al de la población autóctona. En la ciudad inglesa de Bradford, por ejemplo, los 350.000 habitantes blancos conviven con 85.000 asiáticos, en su mayoría musulmanes paquistaníes ④. Y ejemplos igualmente llamativos, los podemos encontrar en muchas otras ciudades europeas. Uno de ellos, particularmente significativo por su carácter simbólico, es el de Saint-Denis, antigua necrópolis de los reyes de Francia y lugar emblemático de la memoria francesa, a pocos kilómetros al norte de París, en donde dos tercios de la población del departamento (1.400.000 habitantes) son extranjeros o de origen extranjero, en su mayoría musulmanes del Magreb o del África subsahariana; el departamento también concentra el 35% de la pobreza de toda la región parisina, que cuenta con cerca de 12 millones de habitantes. La diferente implantación de la minoría musulmana, de un país a otro o de una región a otra, responde a muchos factores, políticos, económicos e históricos, desde las relaciones de las antiguas potencias europeas con sus ex-colonias a las políticas de integración desplegadas por los estados receptores, las demandas y capacidades del mercado de trabajo y la marcha de la economía en general.

Las dramáticas imágenes, mil veces repetidas en nuestros televisores, de los cayucos y pateras que, de manera creciente en los últimos años, intentan arribar a las costas canarias o andaluzas con el objetivo de abordar la fortaleza europea puede hacernos creer equivocadamente que la inmigración –norteafricana o subsahariana, en ambos casos mayoritariamente musulmana– es un fenómeno relativamente reciente y espontáneo. Fruto de la

① P. Gallis (coord.), *Muslims in Europe: Integration Policies in Selected Countries*, CRS Report for Congress, The Library of Congress, 18 de noviembre de 2005.

② S.T. Hunter (ed.), *Islam in Europe. The New Social, Cultural and Political Landscape*, Nueva York, Praeger, 2002; O. Roy, *L'échec de l'Islam politique*, París, Seuil, 1992.

③ F. J. Buijs y J. Rath, *Muslims in Europe. The State of Research*, Amsterdam, Universidad de Amsterdam, 2002.

④ *ibidem*.

pobreza y la inseguridad en los países de origen, donde en muchos casos se conculcan los más elementales derechos, y del lucrativo negocio de las mafias organizadas que explotan la desesperación de los inmigrantes ilegales. Lo cierto es, por el contrario, que en los últimos sesenta años de la historia europea el flujo migratorio ha sido continuo y creciente –en paralelo con el crecimiento económico de Europa y como uno de los motores principales de este mismo crecimiento– y, en gran parte, estimulado y organizado por los propios países receptores.

Tras el desastre de la guerra mundial, la reconstrucción europea en los años cincuenta se llevó a cabo, en buena medida, con mano de obra importada, en muchos casos de las propias colonias, cuya población masculina ya había sido movilizadada y utilizada en la contienda y en los posteriores conflictos bélicos de las metrópolis respectivas. Esta importación más o menos controlada se disparó con el crecimiento económico de los años sesenta y las cada vez mayores necesidades de mano de obra. Muchos inmigrantes musulmanes eran reclutados en sus propios países, por las embajadas, consulados y oficinas de negocios de los estados receptores, para que se trasladasen a ellos como «trabajadores invitados», un modelo que se mantuvo vigente hasta mediados de los años setenta. La afluencia de inmigrantes de países mayoritariamente musulmanes se incrementó también con el colapso de los antiguos imperios coloniales. Mientras que en Gran Bretaña se establecía un gran número de hindúes, paquistaníes y otros inmigrantes procedentes de Bangla Desh y del Caribe, entre ellos muchos musulmanes, en Francia lo hacía un porcentaje igualmente elevado de marroquíes, argelinos y africanos en general. Por su parte, en Holanda, los primeros en llegar fueron musulmanes de Indonesia, las Islas Molucas y Surinam, a los que más tarde se sumarían –y acabarían siendo mayoritarios– turcos y marroquíes. En estos casos ya no se trataba de trabajadores invitados ni todos procedían de las clases más desfavorecidas. Entre ellos había miembros de las elites privilegiadas, educadas en los valores, normas y lengua de la antigua potencia, y además de contar con mayores recursos para desenvolverse más fácilmente en el país de acogida, podían acceder más rápidamente a la ciudadanía. Sin embargo, en la mayoría de los casos, el destino de estos inmigrantes «postcoloniales» no fue muy distinto de los inmigrantes «económicos», instalados unos y otros en los mismos vecindarios y haciendo el mismo tipo de trabajo ⑤.

Sin dejar de fluir en ningún momento, la inmigración musulmana a Europa se ha incrementado considerablemente en los últimos veinte años, vinculada ahora al crecimiento económico que vive el continente desde mediados de la década de los ochenta. El esplendor del «sueño europeo» ejerce sobre los países africanos y asiáticos el mismo tipo de fascinación y atracción que ejerce el «sueño americano» (de Estados Unidos) sobre México y el resto de América Latina. Y los espaldas mojadas que se aventuran a cruzar el Río Grande tienen su equivalente en los desesperados que arriesgan sus vidas a bordo de los cayucos. Entre los inmigrantes hay también refugiados –procedentes en su mayoría de países islámicos, como Somalia (de donde es originaria la activista Ayaan Hirsi Ali, diputada en el parlamento holandés y una de las principales críticas del Islam), Nigeria, Bosnia, Kosovo, Afganistán, Pakistán, Irán e Irak ⑥– y estudiantes, más de medio millón en toda Europa, muchos de ellos atraídos por el mismo modelo utilizado en los años sesenta con los «trabajadores invitados» (*guest workers, Gastarbeiter*) ⑦.

⑤ *Ibidem*, p. 6.

⑥ Los datos estadísticos se pueden encontrar en la página web del *European Council on Refugees and Exiles*.

⑦ Ch. Kuptsch, «Foreign students in Europe: between red carpet and red card», comunicación al workshop *Temporary migration - Assessment and practical proposals for overcoming protection gaps*, Ginebra, 18-19 de septiembre de 2003.

Otros muchos factores han influido en el incremento de la población musulmana en Europa, desde la política de reunificación familiar que pretendía asentar y consolidar la inmigración a las altas tasas de natalidad (2,44 hijos por familia entre los musulmanes franceses, la más alta de Europa), la necesidad cada vez mayor de mano de obra inmigrante a medida que la población europea envejece, y la huída de unos países de origen empobrecidos e inestables.

El grueso de los inmigrantes musulmanes ha venido del sur y del este del Mediterráneo, y en especial de Marruecos, Argelia, Túnez y Turquía. Los turcos (entre los que se incluye también la importante minoría kurda) se han asentado principalmente en Alemania y Austria y, en menor medida, en Holanda y los países nórdicos, mientras que los norteafricanos –especialmente los de origen marroquí– se han establecido sobre todo en Francia, Bélgica, Holanda, Italia y España ⑧. En España, efectivamente, la gran mayoría del medio millón de musulmanes residentes en el país son de origen magrebí, y aunque su número se ha acrecentado notablemente en los últimos años, su llegada masiva se remonta al final de los años setenta, cuando empezaron a establecerse en algunas grandes ciudades, principalmente en Barcelona. Con todo, y a pesar del lugar prominente que ocupa la llegada de nuevos inmigrantes en las cabeceras de los medios de comunicación o de las manifestaciones de rechazo que suscita, la cifra es todavía poco significativa (apenas un 1,1% de la población total), frente al millón de musulmanes en Italia y Holanda, los dos millones en Gran Bretaña, los tres en Alemania y los cuatro en Francia.

Diversidad, pues, de orígenes, diversidad de implantación y diversidad también de situaciones, de uno a otro país. Es difícil reducir a todos los musulmanes europeos a otro denominador común que no sea el religioso, y aun éste resulta engañoso, dado el diferente grado de intensidad con que se vive el Islam. Y así, a las diferencias étnicas, culturales y lingüísticas hay que añadir también las divisiones confesionales (entre sunitas y chiítas, entre moderados e integristas). Poco tienen en común un inmigrante de las montañas del Rif establecido en Francia que sólo habla bereber y francés y otro turco o somalí asentado en Holanda, que sólo habla su propia lengua y el holandés. Incluso en una gran mayoría de casos, los hijos de inmigrantes nacidos ya en el país de adopción no conocen la lengua de sus padres o, si la conocen, limitan su uso sólo a la familia o a sus padres, porque con los hermanos o con el grupo de amigos, formado también por hijos de inmigrantes, utilizan preferentemente la lengua del país. La primera lengua entre los musulmanes franceses es el francés, como lo es el inglés entre los musulmanes ingleses. El inglés es también la segunda lengua entre los musulmanes de Europa, tras el árabe, incluso entre los yihadistas que difunden y descargan sus mensajes por Internet. En cuanto a la diversidad cultural, las diferencias son enormes entre beréberes y turcos, entre árabes e iraníes, entre paquistaníes y somalíes. Muchas costumbres que se suelen identificar con el Islam, en realidad son tradiciones o prácticas de las regiones de origen, como la ablación del clítoris entre las mujeres somalíes, que tienen menos que ver con la religión que con la cultura. Lo mismo ocurre con la situación en general de la mujer en los países islámicos y con la preferencia por uno u otro sistema de ocultación del cuerpo (desde el *hiyab* al *chador* y la *burka*), que algunos autores consideran más bien un hecho cultural, propio de sociedades rurales muy tradicionales, cerradas y clánicas, como la norteafricana o la afgana, frente a una sociedad más moderna y urbana como la turca, y por lo tanto, no atribuible directamente al Islam.

⑧ En Gran Bretaña, en cambio, como ya se ha dicho, la mayoría de los musulmanes son de origen indopaquistaní.

Aunque no todos estén convencidos de ello, como la ya citada Ayaan Hirsi Ali, para quien la discriminación de la mujer es algo inherente al Islam, o como algunas de las portadoras del *hiyab*, que lo consideran un signo de identidad religiosa. Y finalmente una diferencia, no sólo cultural, también notable es la que separa a los inmigrantes de primera y segunda generación, a los padres y a los hijos.

Mucho más que su confesión religiosa, lo que homogeneiza a los musulmanes europeos es su condición subalterna, la discriminación que sufren y la marginación en la que viven en la mayoría de los países de adopción. Los inmigrantes de primera generación llegaron para hacer los trabajos más duros y denigrantes, los que la población nativa ya no quería hacer. Sus hijos, más formados y preparados, no han tenido mejor suerte. Resulta difícil encontrar un buen trabajo llamándose Mohammed o Hassan. Muy pocas empresas están dispuestas a contratar trabajadores musulmanes. En Francia, los resultados de una encuesta muestran que, con un *curriculum vitae* idéntico, un candidato magrebí recibe cinco veces menos respuestas positivas que un candidato cuyo nombre y apellidos suenan más franceses ⑨. No es de extrañar así que la tasa de paro entre los musulmanes sea en general más elevada que las diferentes medias nacionales. En los Países Bajos el paro asciende al 24% entre los turcos y al 31% entre los marroquíes ⑩. En Francia se eleva al 42% entre los jóvenes de 15 a 24 años del barrio de Bellevue, en Nantes, y al 54,4% en los barrios de La Reynerie y de Bellefontaine, en Toulouse ⑪. En Gran Bretaña, la situación es todavía más crítica: en el centro de las ciudades casi la mitad de los hombres y mujeres originarios de Pakistán y Bangla Desh están sin empleo y su tasa de paro es tres veces superior a la de las minorías consideradas más desfavorecidas. Una marginalidad que se transmite también a la generación nacida y educada en el Reino Unido: en 1991 la tasa de paro entre los jóvenes de 16 a 24 años de origen paquistaní era del 36%, mientras que entre los «blancos» no llegaba al 15% ⑫.

No importa la formación ni la preparación. La discriminación se ejerce en todos los niveles del mundo laboral y profesional, desde los empleos poco cualificados a los de mayor perfil, como la medicina o la educación superior. Muchos de los inmigrantes e hijos de inmigrantes que encuentran trabajo, lo encuentran en los mismos sitios que sus padres: empleos precarios y de baja calidad, concentrados en algunos sectores en crisis, como el del automóvil, la metalurgia, el textil o la minería, o en los puestos más bajos del sector de los servicios, especialmente en la hostelería y la restauración. Es la típica imagen, en buena parte de Europa, del portero de noche o de la mujer de la limpieza en los hoteles magrebí, turco o subsahariano. En Austria, sólo el 9'7% de los turcos tiene un trabajo cualificado ⑬, un elocuente porcentaje que no debe ser muy distinto en otros países. Y en Francia, donde el ejército ha sido históricamente una de las principales instituciones de integración republicana, los militares procedentes de la inmigración, aunque gocen de la ciudadanía francesa, no son considerados como los demás, sino como militares étnicos, expuestos a vejaciones, insultos y tratamiento discriminatorio por parte de sus pares y de sus superiores ⑭.

La marginalidad socioeconómica va acompañada a menudo de una segregación residencial. Los inmigrantes musulmanes viven concentrados en barrios degradados en el centro histórico o en las afueras de las grandes ciudades, auténticos guetos étnicos en los que no entra nadie que no sea residente o miembro de los servicios sociales, muchos de ellos también de origen inmigrante y a veces la única conexión con el Estado y la sociedad exterior.

⑨ Datos del Observatoire des discriminations, de la Université Paris I-Panthéon-Sorbonne, citados por Ch. Bertossi, «Les Musulmans, la France, l'Europe: contre quelques faux-semblants en matière d'intégration», *Migrations et citoyenneté en Europe*, revista publicada por la Fondation Friedrich-Ebert (FES) y el Institut français des relations internationales (Ifri), marzo de 2007.

⑩ J. Cesari, «L'Islam en Europe. L'incorporation d'une religion», *Cahiers d'études sur la Méditerranée Orientale et le monde Turco-Iranien*, 33, 2002.

⑪ D. Joly, *Comprendre les émeutes: immigrés et minorités ethniques en France et en Grande-Bretagne*, París, Denoël, 2007.

⑫ F. Dassetto, B. Maréchal y J. Nielsen (dir.), *Convergences musulmanes, aspects contemporains de la présence musulmane dans l'Europe élargie*, Lovaina, Academia Bruylant, 2001. Citado por J. Cesari.

⑬ *Ibidem*.

⑭ Ch. Bertossi y C. Wihtol de Wenden, *Les couleurs du drapeau: les militaires français issus de l'immigration*, París, Robert Laffont, 2007.

La situación y la percepción de los musulmanes europeos han empeorado todavía más después de los atentados de Nueva York, Madrid y Londres y del asesinato de Theo van Gogh en Ámsterdam. Por un lado, han aumentado las restricciones a las libertades civiles, lo que supone un grave paso atrás en las sociedades democráticas. En el falso dilema entre libertad y seguridad, los gobiernos y las sociedades –a juzgar por las encuestas– han optado por la segunda. Por otro lado, se tiende a identificar Islam ya no sólo con pobreza, sino también con fanatismo y violencia. A la aprensión y el desprecio se suma ahora el miedo. A su vez, muchos jóvenes musulmanes, a los que se les cierran todas las puertas, incluso después de haber recibido una titulación académica o profesional, y sin apenas expectativas de futuro, buscan refugio en la religión, en un Islam rigorista y militante, y, los más exasperados, en la violencia y la autoinmolación. Son los «perdedores radicales» de los que hablaba Hans Magnus Enzensberger, que no tienen nada que perder porque ya lo han perdido todo ⑤.

⑤ «Der radikale Verlierer», *Der Spiegel*, 7 de noviembre de 2005. Recogido en *El perdedor radical*, Barcelona, Anagrama, 2007.

El panorama no es nada esperanzador. Las revueltas urbanas en Francia, a las que está dedicado el dossier central de esta revista; el asesinato en Ámsterdam de Theo van Gogh, al que Ian Buruma acaba de dedicar un sugestivo ensayo, que ha suscitado una amplia polémica intelectual; y los atentados de Londres certifican por distintas vías el fracaso de las políticas de integración aplicadas hasta el momento, sea el multiculturalismo británico y holandés o la asimilación francesa. Los autores de los atentados de Londres eran ciudadanos británicos, nacidos y escolarizados en Gran Bretaña e integrados laboralmente en la sociedad británica. Mohammed Bouyeri, el asesino de Van Gogh, era un joven holandés de segunda generación que había cursado la enseñanza secundaria y desempeñado varios trabajos, aunque todos efímeros. Y en Francia, en las semanas que duraron los disturbios la policía arrestó a unas tres mil personas, de las que más de un tercio no tenía todavía 18 años. Las imágenes de los 9.000 coches incendiados, que dieron la vuelta al mundo en el mismo momento, simbolizaban, para algunos autores, los límites del modelo francés de integración y ciudadanía. ¿Es que habían fracasado la República y sus valores en integrar a la juventud francesa surgida de la inmigración? ⑥

⑥ Ch. Bertossi, «Les Musulmans, la France, l'Europe...», cit.

No sólo en Francia se sintieron decepcionados. Junto al cadáver de Van Gogh, afirma Buruma y lo mismo se podría decir de los muertos londinenses, parecía agonizar el sueño holandés, y por extensión europeo, de una sociedad multicultural capaz de absorber a los inmigrantes que acuden en busca de una vida mejor ⑦. Francia, Gran Bretaña y Holanda, que habían aplicado políticas de integración activas –las dos últimas fomentando el multiculturalismo, la tolerancia con la diversidad cultural, lingüística y religiosa, y la primera todo lo contrario, oponiéndose al multiculturalismo, ofreciendo ciudadanía a cambio de que los inmigrantes aprendiesen francés, adoptasen las normas y valores franceses y se abstuviesen de exteriorizar su identidad religiosa en las escuelas–, descubrieron de repente y de forma atroz el fracaso de tales políticas, los límites de la cohesión y, con ellos, la persistencia de comunidades estancas y aparte en el cuerpo social, irreductibles y refractarias a todo propósito de integración. Una encuesta llevada a cabo por el Ministerio del Interior en las ciudades de Oldham, Burnley, Southall, Birmingham y Leicester, donde había habido disturbios en la primavera de 2001, reveló la existencia de grupos enteros que vivían replegados sobre sí mismos, abatidos por un inmenso sentimiento de frustración frente a la pobreza y la desigualdad de oportunidades. Un encuestado de la ciudad de Bradford, de origen paquistaní, le dijo al encuestador: «Usted será la única persona blanca con la que

⑦ I. Buruma, *Asesinato en Ámsterdam. La muerte de Theo van Gogh y los límites de la tolerancia*, Barcelona, Debate, 2007.

me encuentre hoy». El informe describe una Inglaterra fuertemente diferenciada, desde la vivienda y el empleo a la escuela y los servicios sociales, en función de la raza y la religión, ambas íntimamente unidas ©. Sin llegar a alcanzar este grado de segregación, la exclusión y el repliegue, la incomunicación entre ambas comunidades, la autóctona y la alóctona, están también muy presentes en Holanda, Alemania y Francia, donde la población más desfavorecida, entre la que predominan los musulmanes, se concentra en barriadas aisladas e impermeables, poco visibles en el conjunto de la sociedad y en los medios de comunicación, excepto cuando estallan las revueltas.

Todo ello, la exclusión, el desconocimiento mutuo, la vida paralela de dos sociedades superpuestas sin vasos comunicantes, ha contribuido al recelo entre ambas comunidades y a que la musulmana se perciba como una presencia indeseable y amenazadora. En tanto que pobres y marginados, los musulmanes generan inseguridad en la calle, turban la paz social, y en tanto que musulmanes, resultan más temibles aún, por sus posibles vinculaciones con organizaciones extremistas o, peor aún, por su eventual participación en actos terroristas. En la opinión pública se ha ido diluyendo progresivamente la frontera entre «musulmanes» e «islamistas», que, como apunta lúcidamente Christophe Bertossi, ya no es considerada como una frontera cualitativa sino como una simple diferencia de grado. Ser musulmán en Europa resulta ya sospechoso.

Y es sobre esta desconfianza y estos temores sobre los que se fundamenta el discurso xenófobo de la extrema derecha y de los partidos populistas, que tanto respaldo electoral han alcanzado en los últimos años, no sólo en Francia, sino también en Austria, Bélgica y Holanda. Fue sobre todo el rechazo firme de la inmigración musulmana lo que llevó a Le Pen a la segunda vuelta de las presidenciales francesas de 2002. Un dato revelador e inquietante, que debería disparar todas las alarmas. El éxito político acompañó también al Partido Liberal de Jörg Haider, al Vlaams Blok de Flandes y a la Lista de Pym Fortuyn en los Países Bajos. Ciertamente Fortuyn no era un racista como Le Pen y Haider, ni su ideología cuadraba dentro de los esquemas de la ultraderecha, pero compartía con ellos su aversión a la inmigración musulmana, a la amenaza que, en su opinión, representaba precisamente para los valores de la Ilustración y la modernidad. Había costado mucho deshacerse de la tutela asfixiante de la Iglesia, ganar una a una las diferentes libertades civiles, para volver a caer bajo la égida de otra religión. En todo caso, él no estaba dispuesto a esperar a que el Islam se secularizase. No era racista, pero sí elitista, clasista, e identificaba el Islam con el subdesarrollo económico y el atraso cultural y político. Una actitud compartida por amplios sectores conservadores, a medio camino entre la derecha tradicional y la derecha más extrema. La misma posición en la que se situaba la combativa y recientemente desaparecida Oriana Fallaci, cuyo libro *La rabia y el orgullo* fue un auténtico best-seller en toda Europa, del que sólo en Italia se vendió un millón de ejemplares. Todo un síntoma.

Oriana Fallaci apelaba más a la pasión que a la razón. Se sentía extranjera en su propio país, desahuciada de su propia casa. Como escritora, prefería la brocha gruesa al pincel fino. No quedaba tiempo para sutilezas. La amenaza era tan inmediata... En su imaginario y en el de muchos otros europeos, la figura del musulmán encarnaba todas las vilezas, todas las miserias, no sólo económicas, sino también físicas, morales y espirituales, en un discurso no muy lejano del que durante siglos ha alimentado al antisemitismo. Y sin embargo, la identificación entre musulmán e islamista –la quimera repetida por los políticos e inte-

lectuales de la derecha y los medios de comunicación afines— dista mucho de ser perfecta. Ni siquiera todos los musulmanes son propiamente musulmanes. Según una encuesta realizada en Francia, el 20% de las personas interrogadas originarias del Magreb, el África negra y Turquía —censados oficialmente como musulmanes en razón de su procedencia— se declaran sin religión; un porcentaje no muy alejado del 28% entre el resto de la población francesa ①. Otra encuesta señala que más de la mitad de los musulmanes de Francia, Alemania y España están más preocupados por el desempleo (el 52%, el 56% y el 55%, respectivamente) que por el declive de la religión (21%, 18% y 18%); sólo en Gran Bretaña la religión suscita tanta preocupación como el paro (45% y 46%) ②.

¿Es posible una secularización del Islam, como la que vivió la sociedad cristiana occidental a partir de la Ilustración? ¿Puede ser Europa el escenario de esta secularización, precisamente por la separación entre religión y estado, por el imperio de la ley y por el carácter privado de las convicciones religiosas? Algunos no lo creen posible, como la diputada Ayaan Hirsi Ali o el profesor de derecho en Leiden Afshin Ellian, de origen somalí e iraní respectivamente, muy críticos con el Islam, o el grupo de ciudadanos de origen musulmán que, desde la izquierda, el laicismo y el feminismo, acaban de fundar en Berlín (febrero de 2007) el Consejo Central de los Ex Musulmanes de Alemania, con el fin de incitar al abandono del Islam y de defender a los apóstatas. Otros no lo creen ni posible ni deseable, como Tariq Ramadán y otros intelectuales islámicos, para quienes la secularización no deja de ser un signo de occidentalización, un producto de la sociedad cristiana o, todavía peor, un efecto del ateísmo político. En este terreno, las diferencias y los matices son importantes. La crítica moderada de la secularización pretende restaurar, como apuntan Buijs y Rath, la tradicional posición central de la religión en la vida social, pero sin interferir directamente en el proceso democrático. En cambio, otra crítica más radical rechaza los fundamentos laicos del estado y la sociedad, niega la independencia relativa del nivel político y busca adaptar la sociedad a los imperativos de la religión ③. Lo que lleva a algunos autores a concluir que el Islam es esencialmente antidemocrático ④.

En todo caso, en el análisis del fracaso de las políticas de integración ha primado más la descalificación del Islam y de las presuntas actitudes antiintegración, antirrepublicanas y anticidadanas por parte de las comunidades musulmanas, que la autocrítica del propio sistema. Sin embargo, como bien apunta Bertossi, frente a la insistencia de los responsables políticos y los creadores de opinión en presentar al Islam como una barrera a la integración, en oponer identidad «musulmana» y valores republicanos y ciudadanos, la realidad social muestra otra imagen. Lejos de basarse en identidades aparentemente refractarias a los valores de la ciudadanía, las revueltas urbanas de 2005 tenían su origen en la degradación de la movilidad socioeconómica ascendente y, sobre todo, en los límites de adaptación del modelo francés de integración a la diversidad cultural y religiosa y a la crisis del estado providencia ⑤.

Gran Bretaña, Francia y los Países Bajos han debatido sus respectivas políticas de integración, han evaluado y discutido sus logros y sus insuficiencias. Alemania y España apenas se han preocupado de ello hasta el momento. Aunque existen conflictos aislados, en España los atentados del 11 de marzo de 2004 no han provocado un rebrote del antiislamismo entre la población. Pero perduran los viejos tópicos sobre el enfrentamiento secular entre el Islam y el cristianismo, la Reconquista y la defensa de Occidente, como los expre-

① S. Brouard y V. Tiberi, *Français comme les autres? Enquête sur les citoyens d'origine maghrébine, africaine et turque*, París, Presses de Sciences Po, 2005.

② *Muslims in Europe: Economic Worries Top Concerns About Religion and Cultural Identity*, informe del Pew Global Attitudes Project (Pew Research Center), publicado el 7 de junio de 2006.

③ Buijs y Rath, «Muslims in Europe...»

④ W. M. Watt, *Islamic Fundamentalism and Modernity*, Londres y Nueva York, Routledge, 1988; F. Mernissi, *La peur-modernité*, París, Albin Michel, 1992.

⑤ Ch. Bertossi, «Les Musulmans, la France, l'Europe...», *cit.*

sados en diversas ocasiones por el ex presidente José María Aznar, quien llegó a comparar a Al-Qaeda con los conquistadores musulmanes de la Península Ibérica en el siglo VIII, colocando así a España en la vanguardia de la lucha contra el terrorismo islámico.

Y sin embargo, el tema de la creciente presencia de musulmanes en Europa no se puede ignorar, ni zanjar con bravatas verbales. Un volumen tan ingente de población inmigrante pone a prueba, en primer lugar, las posibilidades y los límites del estado del bienestar; pero también la tolerancia política y cultural de los estados laicos y democráticos, e incluso el concepto mismo de identidad nacional. Pone a prueba muchas de las certezas y de los logros alcanzados por la sociedad occidental. Según una encuesta efectuada en Gran Bretaña entre musulmanes de todas las edades, nueve de cada diez consideran que la fe es lo más importante en sus vidas. No es ninguna sorpresa que las posiciones se radicalicen entre los más jóvenes: el 37% de los musulmanes de 16 a 24 años prefieren regirse por la charia, la ley islámica, antes que por la ley británica (frente al 17% de los mayores de 55 años); el 74% son favorables a que las mujeres lleven velo (contra un 28% entre los más viejos); e incluso un 13% (frente a sólo un 3% entre los mayores de 55 años) declara admirar a Al-Qaeda y sentirse preparados para combatir contra Occidente. Los porcentajes ponen de relieve la división en el seno de la comunidad musulmana británica entre una mayoría moderada que acepta las reglas de la democracia occidental y una minoría creciente que no las acepta, así como el hecho de que los jóvenes musulmanes se hayan radicalizado y se identifiquen menos que sus padres con la sociedad británica. Para los autores del informe, «la emergencia de una identidad musulmana fuerte en Gran Bretaña es en parte el resultado de las políticas multiculturales implantadas en los años ochenta, que ponían el acento en la diferencia —étnica, religiosa o cultural— en detrimento de una identidad nacional compartida» 24.

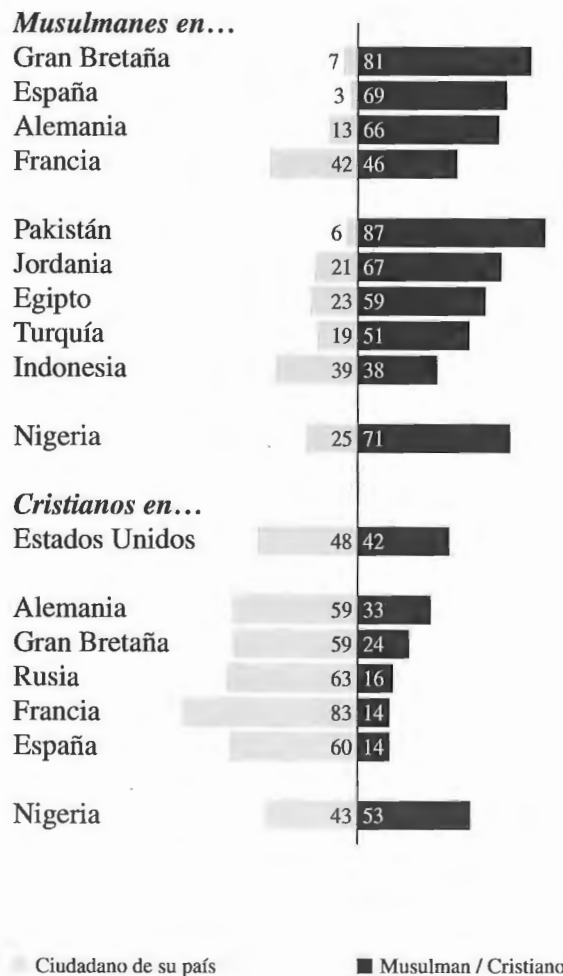
La conclusión que extraen los conservadores británicos es clara: hay que enterrar el multiculturalismo y optar decididamente por reforzar la «britanidad», por una identidad nacional fuerte e integradora. Una solución por la que se han decantado siempre los franceses, tanto de la derecha como de la izquierda, anteponiendo a cualquier otra identidad —cultural o religiosa— la identidad nacional, basada en los valores republicanos y de ciudadanía. Y por la que parece inclinarse también la izquierda española —la derecha considera antitéticos por definición España y el Islam: España sólo puede ser cristiana o, mejor aún, católica, con lo que la identidad nacional española no se asocia con valores laicos y democráticos, de libertad, igualdad y solidaridad, sino con principios esencialistas y reaccionarios 25. Pero ¿siguen siendo válidas las identidades nacionales tradicionales, las construidas por y en torno al estado-nación? ¿Qué significa ser francés, italiano o español en un contexto de globalización, de construcción de la identidad europea y de gran movilidad de la población (el flujo migratorio no es sólo del sur al norte, sino también del norte al sur, del este al oeste y del oeste al este, como lo demuestra la llegada y el establecimiento en España no sólo de norteafricanos y subsaharianos, sino también de latinoamericanos, eslavos y jubilados de la Europa del norte)? En Holanda, donde el 45% de la población es de origen inmigrante, ¿qué puede significar hoy ser holandés? ¿qué puede significar ser holandés tanto para un holandés autóctono como para otro de adopción? Las identidades nacionales, afortunadamente, son cambiantes, se construyen y reconstruyen con cada nueva realidad histórica. De lo contrario se convertirían en instrumentos de exclusión.

24 *Living Apart Together: British Muslims and the paradox of multiculturalism*, informe elaborado por Munira Mirza, Abi Senthikumar y Zein Ja'far para el grupo de estudios Policy Exchange, de carácter conservador, y publicado el 29 de enero de 2007. El informe ha recibido fuertes críticas por parte de los medios liberales y progresistas, que cuestionan su valor.

25 No deja de ser significativa a este respecto la incomodidad de muchos progresistas españoles con la identidad nacional y sus símbolos; y así, mientras en cualquier manifestación o acto público de la derecha la bandera española ondea multitudinariamente, enarbolada de manera enérgica y orgullosa, raramente asoma en las concentraciones de la izquierda, donde abundan, en cambio, las banderas rojas y las republicanas. Al contrario que en Francia, Alemania, Holanda o Gran Bretaña, donde la derecha y la izquierda comparten un mismo discurso político sobre este aspecto, en España —donde no se ha producido el análisis crítico del pasado reciente que Habermas considera uno de los ingredientes fundamentales del patriotismo constitucional— no existe un consenso sobre la nación y sus valores.

La encuesta ya citada del Pew Research Center revela que la mayoría de los musulmanes europeos se sienten más musulmanes que ciudadanos del país de residencia (ver cuadro adjunto). Así, el 69% de los musulmanes de España se identifican primero como musulmanes antes que como españoles, frente a sólo el 3% que invierte los términos. Y lo mismo ocurre en Gran Bretaña y Alemania; sólo en Francia se equiparan ambos sentimientos. Lo que no debería sorprendernos si tenemos en cuenta que también en los países islámicos se antepone la identificación musulmana a la nacional (el caso extremo es Pakistán, con el 87% frente al 6%, mientras que en Indonesia ambos porcentajes aparecen más equilibrados, con una ligera ventaja incluso de la adscripción nacional: 39% a 36%). Más remarcable es que el nivel de identificación musulmana en Gran Bretaña, España y Alemania –similar al de Pakistán, Nigeria y Jordania– sea superior al de Egipto, Turquía e Indonesia. En cambio, la población europea resulta mucho más secular en conjunto: seis de cada diez españoles, alemanes y británicos, y ocho de cada diez franceses se identifican más con su país que con su religión. Sólo en Estados Unidos los sentimientos se aproximan: el 42% se consideran cristianos en primer lugar frente al 48% que se ven primero como americanos. Una división muy parecida a la encontrada entre los musulmanes franceses.

¿Qué se considera en primer lugar?



Fuente: *Muslims in Europe: Economic Worries Top Concerns About Religious and Cultural Identity*, Informe del Pew Research Center, 7 de junio de 2006.

Excepto en Francia, donde ambas identificaciones, la nacional y la religiosa, se equiparan, los musulmanes de España, Gran Bretaña y Alemania se sienten muy poco españoles, británicos o alemanes. Seguramente porque se sienten ajenos a los conceptos y valores que definen la identidad nacional. Si lo español se identifica con el discurso histórico que va de Viriato a Agustina de Aragón y el desembarco en Alhucemas, si uno de los ingredientes de lo español es la Reconquista y la destrucción de al-Andalus, mito fundador de la España cristiana que todavía pervive con fuerza en los manuales escolares (y en los universitarios), ¿cómo puede sentirse español un musulmán español?

Lejos de ver la presencia musulmana en los países europeos como una amenaza que podría diluir las identidades nacionales tradicionales –lo que no deja de ser cierto, pero también deseable–, deberíamos ver en ella una espléndida oportunidad para reformular y reconstruir la identidad nacional sobre unas bases más modernas, más laicas y democráticas, más en consonancia con la sociedad actual y con un proyecto de futuro integrador y solidario. En Francia, a pesar de las limitaciones 26, que los recientes disturbios han puesto en evidencia, parece haber funcionado relativamente bien.

La oportunidad es de doble dirección, porque también los musulmanes tienen la posibilidad de repensar el Islam. De conjugarlo sobre bases ya no étnicas ni culturales, como hasta ahora, en que se identificaba con las normas y valores de las sociedades donde nació y prendió históricamente, de Oriente Medio al norte de África, poco adecuados a las sociedades modernas, en Europa y Estados Unidos. De hecho, la geografía de la *Umma* ha cambiado sustancialmente: ha dejado de ser nacional o regional y se ha hecho global. Y el Islam, que ya es también una religión europea, se ha vuelto a la vez más moderno y más reaccionario. Más moderno porque es hijo de la globalización, en su extensión y en su mensaje, más religioso y más universal. Y más reaccionario porque reacciona contra ella, porque su revigorización entre los hijos de los inmigrantes es una respuesta a la globalización, que consideran una amenaza a su propia identidad musulmana 27. Y la respuesta es la profundización en el Islam: la vuelta no a los valores tradicionales, los de sus padres y los de los países de origen de éstos, valores en definitiva étnicos y culturales, sino a los fundamentos mismos de la religión islámica: el Corán y la charia.

Algunos autores predicen la formación de un Islam europeo, que se adaptaría a las características clásicas de la civilización occidental, especialmente la separación entre religión y estado, entre la esfera privada y la pública, entre las convicciones religiosas y las costumbres sociales y culturales. Otros opinan todo lo contrario: que al pasar de la cultura y la tradición a la convicción, el Islam europeo será más purista, más dogmático, más integrista. Lo que puede llevar a orientaciones más extremistas, incluso violentas, y a abrazar el Islam como un sistema global de resistencia al imperialismo político y cultural occidental 28. Es lo que parece haber llevado a algunos jóvenes británicos a hacer estallar varias bombas en Londres y a otro holandés a asesinar al cineasta Theo van Gogh.

Ian Buruma ha utilizado este último caso para radiografiar la creciente fractura en la sociedad holandesa, una de las pioneras en el desarrollo del multiculturalismo. El libro de Buruma, entre el reportaje y el ensayo, lúcido y desapasionado, ha merecido a la vez adhesiones y críticas. Las primeras por su defensa del multiculturalismo, ahora cuestionado, y las últimas por su distanciamiento, por la equidistancia que guarda entre lo que presenta

26 Y es que a pesar de la insistencia en los valores republicanos y de ciudadanía, la identidad nacional francesa no deja de tener también, aunque no quiera reconocerlo, un componente étnico y excluyente, poco respetuoso con las culturas y lenguas diferentes a la (tradicional) francesa.

27 A. Höffert y A. Salvatore (eds.), *Between Europe and Islam: Shaping Modernity in a Trans-cultural Space*, Bruselas, PIE-Peter Lang, 2000.

28 J. Cesari, *Musulmans et républicains: les jeunes, l'Islam et la France*, Bruselas, Complexe, 1998, y «Pluralism in the context of globalization». *ISIM Newsletter*, 2 (1999).

como dos extremos: los islamistas fundamentalistas y los que él llama fundamentalistas de la Ilustración, personificados en Afshin Ellian y Ayaan Hirsi Ali. En el libro planea en todo momento el relativismo cultural y, desde esta posición, las voces críticas de ambos suenan estridentes. Pero también valientes y acertadas: no defienden otra cosa que la preservación de la cultura laica y democrática.

En todo caso, tanto la obra de Buruma como los artículos a que ha dado pie, en una polémica que ha implicado a intelectuales destacados de toda Europa, son, como la aproximación que he intentado en estas páginas, materiales para una reflexión que se hace ya necesaria y urgente ■

Fragmento de una fotografía
de Paco Sánchez

